



LA MUÑECA

CUENTO PARA LAS NIÑAS

(Conclusión.)

—¡Ay, Dios mío!—dijo Cecilia un día;—ahora sí que comprendo el disgusto que causan á sus papás los niños poco cuidadosos de su ropa. No me pareceré yo á ella, y por lo pronto hagamos con mi querida muñeca lo que mi buena madre ha hecho tantas veces conmigo. ¡Qué suerte es que haya aprendido á coser! Cecilia, ayudada por sus amiguitas, se puso á confeccionar vestidos de todas clases para la muñeca. La tomaban medida, veían los patrones en los periódicos de modas, y poco á poco aprendieron á hacer trajes preciosos.

—¡Qué feliz eres con tener una muñeca tan bonita y tan bien vestida! De muy buena gana la llevaría una tarde á paseo.

—Escucha—respondió Cecilia,—tú has sido amable y complaciente ayudándome á hacer sus trajes, y te presto á mi A B C todo el día.

—¡Ay, qué buena amiga eres! Veo que tiene razon mi papá, que siempre está diciendo que debemos prestarnos servicios los unos á los otros.

Al salir la muñeca de casa, quedó Cecilia pensativa.

—Pues señor—decía entre sí,—no me hallo sin mi chiquitina; tengo miedo de que le pase algo fuera de casa y no estoy tranquila. Bien decía mamá á la señora del cuarto segundo: «Créame usted, vecina, que no se vive cuando los hijos no están á nuestra vista».

¿Y qué me hago yo? He sido condescendiente, y ahora sin mi muñeca me voy á aburrir de lo lindo.

Rubita, que así se llamaba la gata de la casa, debió oír estas palabras, porque con mucha suavidad y monería la dió un golpecito con su mano, como diciendo: *Aquí estov yo*. Los niños y los animales se quieren y se entienden

Rubita empezó á jugar con un ovillo; se lo quitó para que no lo enredara y la dió una pelota de papel, con la que estuvo jugando la gata tan contenta y haciendo tanta monada, que Cecilia pasó el rato muy distraída

—Los animalitos—decía luego—no necesitan que sus papas se gasten un dineral en juguetes: con una bola de papel están contentos. ¡Dichosos ellos, que se contentan con poco y no echan de menos nada!

V

Mucho encargó Cecilia á su muñeca, cuando la vestía para ir á paseo, que no se separase ni un momento de la amiga que la iba á llevar, y la repitió las mismas frases que á ella la decía su mamá en semejantes casos

—Una niña no debe correr sola por todas partes sin hacer caso de consejos, porque la pueden suceder muchas desgracias.

La muñeca se conoce que no tuvo presente tan sabia advertencia y cariñosa observación. No se sabe aún de cierto cómo sucedió; pero es el caso que se perdió.

Después de buscarla por todas partes, al fin pudieron encontrarla, porque un guarda del Retiro la había cogido y la tenía guardada por si preguntaban por ella.



Al día siguiente, la amiguita de Cecilia se la devolvió á ésta diciéndola:

—No quiero llevar más á paseo ni á ninguna parte á tu muñeca, hasta que sea más obediente. Y contó á Cecilia lo que había ocurrido.

—¡Ah, pícara, desobediente!—dijo ésta.—¡Vea usted, muñeca, cuán peligrosa es la desobediencia! Ahora tengo que castigarte severamente para que te acuerdes siempre. Y cogió las disciplinas.

La amiga intercedió por la culpable, y dijo:

—No la pegues... imponla otro castigo.

Cecilia, como todas las madres, estaba más dispuesta á la indulgencia.

—Consiento en ello—dijo.

Y se contentó con llevarla á la antesala y ponerla de pie sobre un banco, con un cartel encima que decía: *Por desobediente.*

Rubita, el perro y el loro, presenciaron el justo castigo, y los pobres animalitos decían entre sí:

—Tengamos cuidado no nos vaya á suceder lo mismo, que siempre es bueno escarmentar en cabeza ajena.

La muñeca se arrepintió, y Cecilia la volvió á recibir en sus brazos como madre cariñosa, diciendo:

—Yo no te castigué por venganza ni por hacerte surrir, sino para que fueses buena; sólo á este precio y con este deseo se impone una madre el amargo deber de hacer daño á lo que más quiere.

Estas, como otras frases, Cecilia las había oído á su mamá; pero cuando tenía que aplicarlas á su niña, era cuando las comprendía.

VI

La satisfacción de la mamá de Cecilia crecía cada día más, pues ésta, con el deseo de repetir las á su muñeca, atendía á todas sus observaciones, y estudiaba, cosía, escribía y dibujaba con gran aplicación, enseñándola después á su niña cuanto aprendía.

Como era natural, sus padres, contentísimos con Cecilia, no escaseaban sus regalos, y ya la compraban un mobiliario de muñecas, con su camita de palosanto, su armario de luna para los vestidos, su sofá y sus butacas de *satén*, su mesa de comedor, su lavabo, etc., etc.

Una mañana acababan de enviar á Cecilia una bolsa de raso verde llena de dulces. Se disponía á comerlos alegremente con su muñeca, y al efecto se la puso á ésta entre sus dos manecitas para hacerse la ilusión de que también comía. En esto entró en su cuarto, por equivocación, un muchacho lleno de tizne de carbón; era un pobre chico que tenía de criado el carbonero. Quedóse la criatura mirando la bolsa de los dulces con la boca abierta, y mientras echaba mano á un gorro viejo que llevaba para saludar á la *señorita*, no quitaba los ojos de los dulces. ¡Pobrecillo! ¡No tenía para desayunarse más que un pedazo de pan! Mientras tanto, la muñeca seguía con la bolsa entre sus manos y los brazos extendidos. No parecía que los guardaba, sino que los ofrecía... Cecilia entendía el lenguaje de las muñecas, y dijo:

—Sí, sí, tienes mucha razón. Mamá lo dice muchas veces: «Quien da al pobre, presta á Dios.» «La caridad es el más dulce de los placeres.»

Los dulces pasaron de manos de A B C á las del *carbonerillo*. La alegría del muchacho hizo á Cecilia más feliz que lo había sido nunca.

VII

Hacía ya más de un año que Cecilia poseía su muñeca, y en este tiempo había perfeccionado mucho su vocación, y sobre todo, con el afán de repetirlos á su niña, se acostumbró á oír y apreciar los sanos consejos de sus padres; pero aún faltaba á la muñeca ser causa de una buena acción, y esto al fin se realizó. Un día dijo Cecilia á su madre:

—Mamá querida, tengo que pedirte un favor.

—Veamos; siempre será relativo á la muñeca.

—Sí, mamá.

—¿Es un traje bordado de oro para ella lo que deseas? Estoy tan satisfecha de la conducta de mi niña y de la tuya, que no puedo negar nada.

—¡Un traje de oro! ¡Qué hermoso sería...! Pero no; yo deseo otra cosa.

—¡Ah! Vamos; ¿has pensado tal vez en una carretela con dos caballos...?

—No, mamá; sería muy bonito, pero... no es eso tampoco.

—Entonces habla, porque no sé si me será posible...

—¡Oh! es muy fácil. Ayer estuvimos todas las niñas de la vecindad jugando con nuestras muñecas; cada cual tenía la suya vestida perfectamente... menos Margarita. Sus papás están tan pobres, que no han podido comprarla juguetes. Pues bien, mamá; yo quisiera tu permiso para regalarle la mía.

La madre abrió sus brazos, y estrechando á Cecilia contra su corazón, la decía:

—¡Bendito sea tu corazón, que me hace dichosa, hija de mi alma!

—¡Ay, mamá, si vieras...! La alegría que siento al hacer esto, es mayor que todas las que A B C me ha proporcionado...

Esta es la historia de una muñeca mientras estuvo en poder de Cecilia. ¡Ojalá todas las que se fabrican para recreo de las niñas pudieran lograr tan buenos resultados en su educación!



La ciencia al alcance de los niños

EL AGUA Y EL HIELO

Habréis visto á los horchateros dar vueltas á la vasija de cinc que dentro de un depósito de madera constituye lo que se llama la garapiñera ó heladora, y habréis observado que entre ambos recipientes queda un espacio, que es el que ocupa el hielo. Pues bien, con éste ha mezclado una cantidad de sal, que aumenta poderosamente su fuerza congeladora.

Si en una vasija donde haya nieve ó hielo introducís un termómetro, veréis descender la columna de alcohol ó de mercurio á 3, 4 ó 5 grados bajo cero. Sacad el termómetro, enjugadle con un paño y metedle en sal, y le veréis que vuelve á subir á la temperatura de la habitación. Si después mezcláis el hielo con una cantidad de sal igual á su peso, y en el agua que forma al disolverse metéis el termómetro, veréis que desciende hasta 15 grados bajo cero.

Sucede con el agua al solidificarse por enfriamiento lo contrario que con otros cuerpos que se encuentran en la Naturaleza, pues lejos de disminuir, al congelarse aumenta de volumen. Puede hacerse la prueba muy sencillamente, tomando una botella de vidrio blanco, como



FIG. 1.a



FIG. 2.a

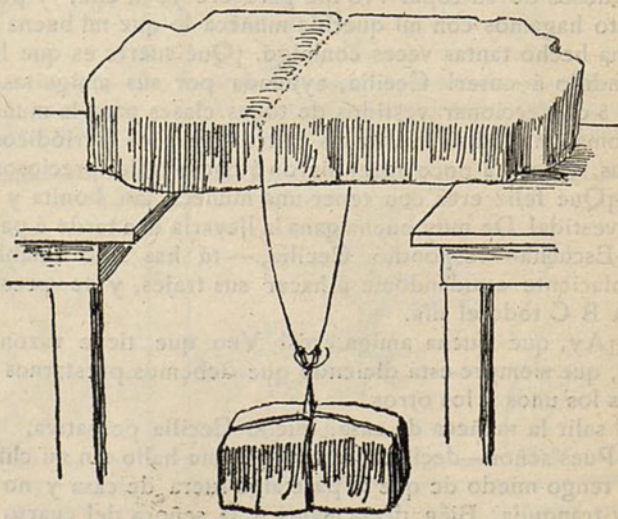


FIG. 3.a



LAS HILANDERAS. CUADRO DE DIEGO VELAZQUEZ Uno de los más famosos cuadros del gran pintor español Diego Velázquez de Silva, quizás el que mejor revela aquella maravillosa espontaneidad del artista, es el titulado *Las hilanderas*, que se conserva en el Museo del Prado. Representa el interior de la fábrica de tapices de Santa Isabel, que en tiempos de Felipe IV existía en Madrid.

las que usan en las boticas, y llenándola completa mente de agua. Tápese bien con un corcho atándole fuertemente (fig. 1.^a) y métase dentro de la mezcla de hielo y sal de la heladora.

Al cabo de una media hora se oirá un chasquido y podrá verse la botella rajada, asomando el hielo por la hendidura. El aumento de volumen del agua al congelarse, con su fuerza expansiva ha roto el molde que era estrecho para él (fig. 2.^a).

Así se explica la rotura de tuberías de plomo en el invierno y hasta la quebradura de grandes piedras en los cerros.

Otro experimento curioso puede practicarse con el hielo. Colóquese un trozo grande entre dos mesas ó sobre los respaldos de dos sillas bien en equilibrio; colgad, bien atado, un peso, un adoquín, por ejemplo, y unid á la cuerda un alambre que pase por encima del bloque de hielo (fig. 3.^a).

Veréis entonces cómo el alambre va cortando lentamente el hielo, atravesándole de parte á parte, hasta caer al suelo con la piedra. Sin embargo, el trozo de hielo no se parte en dos. Bajo el alambre se va produciendo un desprendimiento de calor que le permite penetrar en el bloque, fundiendo el hielo en el sitio de la presión; pero apenas ha pasado, una nueva baja de la temperatura le congela inmediatamente. De este modo va soldándose, por decirlo así, la hendidura, y queda el bloque entero después de haberle cortado el alambre al peso de la piedra.

EL TEATRO DE LOS NIÑOS

PEPITO TRÁPALA

(Continuación.)

- LA SRA. Pero Pepito, ¿no vienes?
 PEPITO. Diré á usted, señora; en eso que usted dice de que estoy tan sano y tan bueno, hay sus más y sus menos...
- LA SRA. ¿Pues qué sientes, Pepito?
 PEPITO. Algunas veces se me figura que veo el perro, y cuando bebo agua... me dan ganas de gritar y morder.
- LA SRA. ¡Caramba!
 PEPITO. Ahora... un poquito antes de usted salir me dió el ataque, y por eso los niños, asustados de verme así, escaparon más que corriendo.
- LA SRA. (Aparte.) ¡Dios mío! ¡Pobre criatura! (Alto.) ¿Lo saben los papás?
 PEPITO. No... no... ni quiero que lo sepan; se afligirían mucho, y deseo evitarles ese disgusto.
- LA SRA. ¡Pero hombre, si parece increíble...!
 PEPITO. ¡Ay...! ¡Ay...!
- LA SRA. ¿Qué es eso?
 PEPITO. ¡Ay!
 LA SRA. ¿Qué?
 PEPITO. Que me parece... ¡ay! que me... ¡ay! me repite... ¡Ay!



LA SRA. ¡Ay...! (PEPITO comienza á dar saltos y á hacer contorsiones, y la señora, verdaderamente asustada, se escapa gritando. Después de salir la señora, PEPITO se marcha por otra puerta, siempre haciendo muecas y brincando.)

ESCENA VII

EL SR. DE RAMÍREZ, MANUEL, ANDRÉS, ELVIRA, JULIA y PAQUITA

SR. DE R. ¡Que no encuentre á los demás niños...! ¡Que le busquen los criados y sujeten á ese infeliz! ¿Dónde habrá ido ese infeliz...? ¿Dónde habrá ido?

MANUEL. Pero tío, ¿qué pasa?

ANDRÉS. ¿Qué es, tío?

SR. DE R. ¡Venid aquí...! ¡Entrad y cerrad la puerta...!

ELVIRA. ¡Qué será!

PAQUITA. ¿Qué ocurre, papá!

SR. DE R. La desgracia de Pepito.

MANUEL.

ANDRÉS.

ELVIRA.

JULIA.

PAQUITA.

SR. DE R. Vosotros tenéis en parte la culpa de lo que sucede.

JULIA. ¿Nosotros, papá?

SR. DE R. Debisteis decírmelo inmediatamente, y se hubieran tomado medidas antes de que le repitiera de nuevo. Pero ya se ve, sólo os ocupasteis de correr, sin pensar en que necesitaba auxilios... y precauciones.

PAQUITA. ¡Ay, papá; no sabemos nada...!

SR. DE R. ¿Cómo que no...? ¿Pues no empezasteis a correr al verle y le dejasteis solo?

JULIA. ¿Nosotros?

MANUEL. ¿Nosotros?

SR. DE R. Cuando le dió el ataque.

ANDRÉS. ¿Qué ataque?

SR. DE R. De hidrofobia, porque le mordió el perro de Elvira, hace un mes.

ELVIRA. ¿A quién? ¡Si yo no tengo perro...!

SR. DE R. A Pepito... cuando os quiso morder... y gritaba y saltaba.

MANUEL. ¡Ja, ja, ja!

SR. DE R. ¿Te ríes, pícaro?

MANUEL. ¡Si no hay tal cosa!

ANDRÉS. ¡Si es una filfa!

ELVIRA. ¡Pero qué niño!

JULIA. ¡Qué trápala!

PAQUITA. ¡Qué embusterol!

SR. DE R. ¿No es cierto?

TODOS. No, señor... no, no...

SR. DE R. Conque es decir que ese muñeco se ha burlado de mi esposa y de mí. ¡Pues yo se lo diré á su papá!

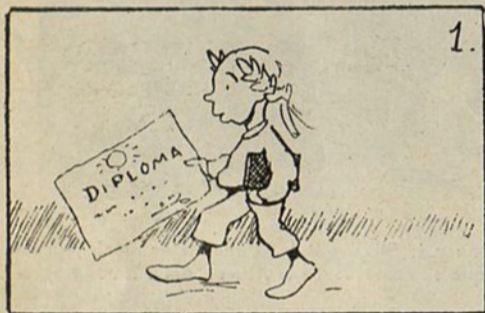
ELVIRA. ¡Por Dios!

JULIA. ¡No, papá!

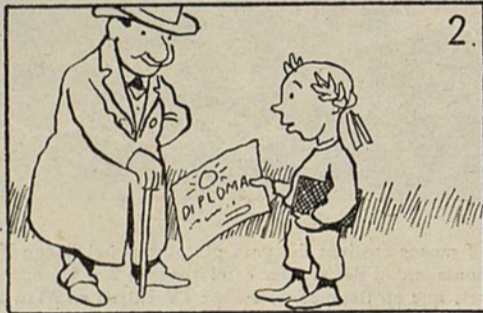
MANUEL. ¡No, tío! (Vase el SR. DE RAMÍREZ, y tras ei, suplicándole, todos los niños, menos ELVIRA que se queda llorando.)

(Se continuará.)

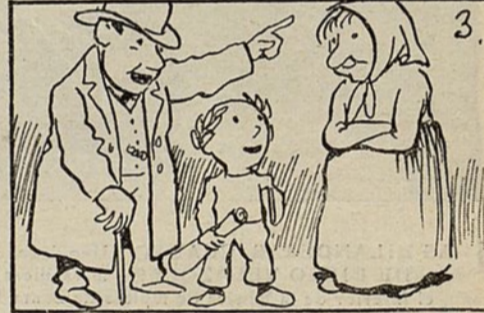
EL PARAGUAS MARAVILLOSO



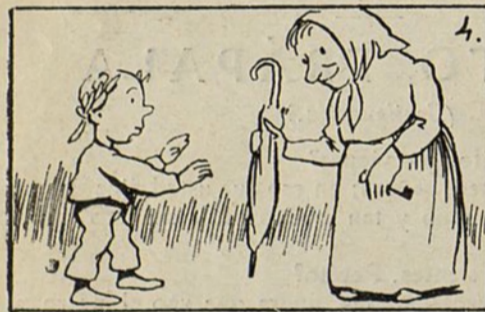
1. Felipín había hecho un examen brillante y había obtenido en el colegio el diploma de honor.



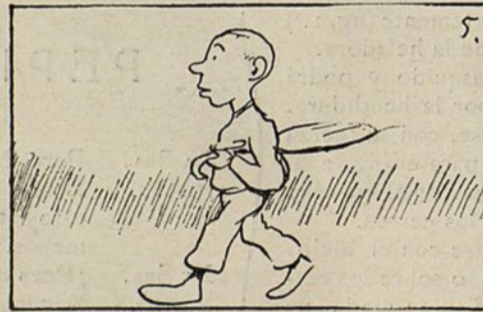
2. Su abuelito tuvo una verdadera satisfacción al ver el diploma, y quiso recompensar á Felipín.



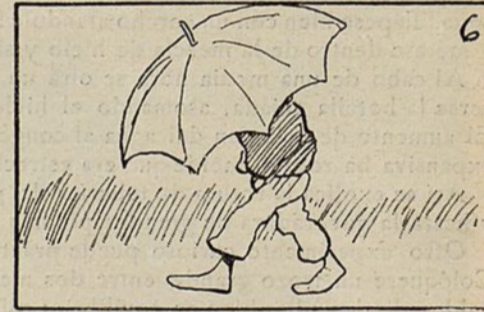
3. —Mire, Damiana—le dijo á su ama de gobierno;—en el cuartito de la izquierda de mi alcoba hay un paraguas.



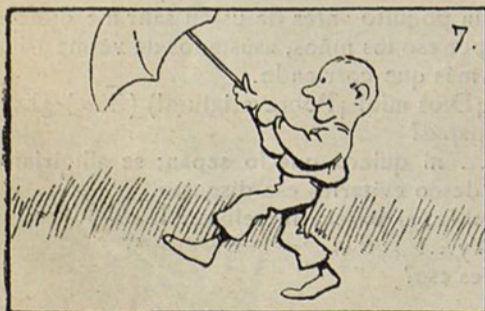
4. Damiana no necesitó oír más, y fué y trajo á Felipín el paraguas de sus mayores.



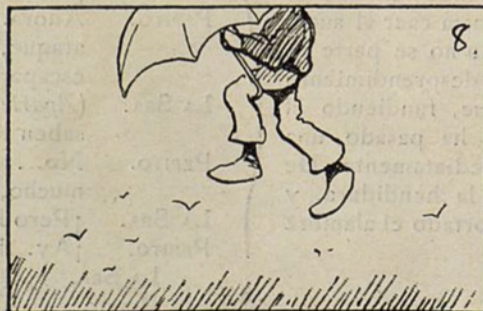
5. Felipín ardía en deseos de estreñarle, y aunque el cielo estaba sereno, se fué con el paraguas debajo del brazo



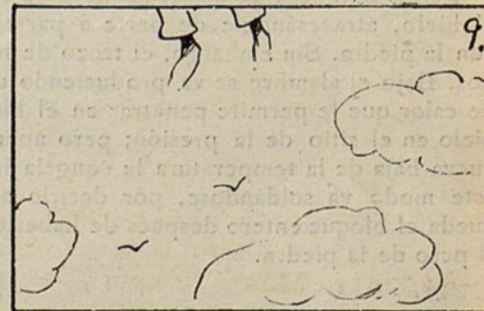
6. —Después de todo—decía Felipín,—lo mismo sirve para el agua que para el sol—y lo usó como sombrilla.



7. Un viento huracanado tiró del paraguas de repente, pero Felipín no soltaba ni á tres tirones.



8. El paraguas subía, subía y con él Felipín se vió por los aires.



9. Esta impensada expedición aerostática, tomaba caracteres graves, porque el paraguas seguía subiendo. (Continuará.)